**La soledad sonora**

José María Becerra Hiraldo

Catedrático jubilado de Lengua española

La soledad vital y estética es uno de los elementos clave de la poética de Juan Ramón Jiménez. Lo dice Zubiri y otros muchos. En una primera instancia, la soledad es la del campo y la del jardín del poeta, siguiendo la tradición del bucólico *locus amoenus* (en los latinos, Virgilio; en los nuestros, Berceo)*,* renovada por el simbolismo, donde el jardín es el alma del poeta; pero también va a ser la de su situación vital de concentración en sí mismo, de retiro interior y, líricamente, en el ámbito de su palabra y su canto, que reflejan y son, metafóricamente, una «soledad sonora». En su sentido más elevado, la soledad está simbolizada por todos aquellos presagios de una realidad y una vida más profunda y trascendente, ideal que el poeta intuye y vislumbra apenas a través de los signos de sugestión que la naturaleza le ofrece, pero que no puede hacer suyo; es como un misticismo panteísta y egocéntrico en tono menor, refugiado en los límites del jardín simbolista. Precisamente, en el poema pórtico dedicado ‘A la soledad’, el poeta muestra su deseo de fusionarse con la naturaleza para transmutar su melancolía en armonía, su dolor en belleza, y ascender hacia una más alta perfección vital y estética. A Juan Ramón le fascinó el verso del Cántico de san Juan /la soledad sonora/.

Leo un [reportaje de Rafael A. Aguilar](https://sevilla.abc.es/andalucia/cordoba/sevi-vivir-solo-aumenta-riesgo-padecer-enfermedades-segun-universidad-cordoba-201803041951_noticia.html)  sobre la vejez y la soledad en Córdoba. Un reportaje lleno de fuerza y de datos, que a los más jóvenes les deja en el alma frío y oscuridad, como en un sótano. Más de 54.000 personas mayores de 65 años viven en Córdoba sin compañía, únicas en sus casas. En Cataluña viven solas 90.000 mujeres. En Bilbao nos mira la mujer sentada. En España hay cuatro millones de personas que viven solas. Algunas tienen perro que les ladre. Demasiada gente sola, si en eso consiste la soledad.

Situar, hoy, en 65 años la puerta de entrada a la vejez es una referencia administrativa, más que biológica y psicológica. Envejecer es haber perdido la esperanza, creer que ya no se está a tiempo, que ya no tenemos papel en el gran teatro del mundo. Se envejece cuando no se tiene nada que hacer porque no se quiere hacer nada. Morir es estar inactivo. El cuerpo va por un lado y la cabeza y el corazón por otro. Del mismo modo que la juventud es la escucha del mundo, la vejez es la escucha de sí, la frecuentación obsesiva de nuestros órganos, que sentimos que se apagan como la llama de un fósforo barato. Pero si la llama se va a apagar en todo caso, es más provechoso que el final nos pille contemplando el mar y no nuestra próstata exangüe. A medida que vuelvo a la infancia, me gusta escribir de estas cosas de la edad, para no perder la perspectiva de la muerte. Y sobre todo, para no perder la perspectiva de la vida. Yo no soy viejo, sólo tengo algunas piezas más desgastadas. La vejez no tiene edad. Son ideas de Javier Amorós, que yo comparto.

Le parece a uno que no hay que confundir la soledad -«el vacío del alma que está sin alma», en copla memorable del ‘descallejerado’ José María Pemán- con la falta de ayuda cuando no podemos valernos por nosotros mismos. La soledad no consiste en la carencia de compañía, sino de pensamiento. Se está solo cuando uno no tiene nada que decirse. «A mis soledades voy, / de mis soledades vengo, / porque para andar conmigo / me bastan mis pensamientos». Así comienza Lope de Vega un romance celebérrimo. Cierto que también estamos solos cuando no existimos para los otros. Cuando «no nos echan cuentas», como decimos en lenguaje coloquial. Si no contamos para nadie, que es difícil pero posible, estamos solos. ¿Quién me necesita? ¿Quién me ama? Pero si no podemos o no sabemos pensar por nuestra cuenta, estamos muertos, aunque tengamos pensión que nos dé de comer. Se puede estar muerto durante toda la vida sin que uno se dé cuenta. De la soledad, en cambio, se sale y se entra por el pensamiento. Educar para la soledad es enseñar a pensar por uno mismo. Hay que llegar a la soledad con mucho pensamiento acumulado, para hacerla confortable.

Tal como va el mundo, a veces pienso que me convendría poner en práctica el `’De vita beata’ de Jaime Gil de Biedma: «No leer, / no sufrir, no escribir, no pagar cuentas, / y vivir como un noble arruinado / entre las ruinas de mi inteligencia».

Aunque prefiero seguir el canto de fray Luis: ¿Que yo voy a valorar el poder y el tener? Quiá. No me llama la atención la vida de la fama verdadera ni la vida de la fama lisonjera. Busco la seguridad de la tierra frente a la tempestad del mar. No busco ni la gloria del guerrero ni el goce del ricachón. Prefiero la bajeza de lo natural si para evitarla tengo que someterme al poderoso. Quiero estar libre de todo: de amor, de odio, de celos, de recelos, ni envidiado ni envidioso. Me retiro a mi huerto ameno, en ‘La flecha’, olvidado del cetro y del oro. Me conformo, tendido en el suelo de las flores, con oír la música del maestro Salinas. A solas, sin testigo.